

POSICIONES CLARAS

La Polémica Truman--MacArthur.--Fuerza y Debilidades de la Democracia.--Cifras.--Bradley Contra MacArthur

A.P.C.E.

SIG.: 1.2h/1500

n° 358
Astor

Por CARLOS ESPLA

Redactor de NOSOTROS

ESTA DEMOCRACIA: ESTOS DEMOCRATAS...

EN un caso tan pródigo en sorpresas desde sus comienzos como es la polémica Truman-MacArthur, uno de los hechos más sorprendentes parece ser el silencio de la prensa soviética y la aparente falta de interés de los hombres del Kremlin en cuanto se refiere a debates, declaraciones e investigaciones relacionadas con el mismo. Se sabe, sin embargo, que la agencia soviética de noticias Tass adquirió en Washington las copias textuales de las declaraciones testimoniales y las cablegrafió ce por be a Moscú. Es, pues, ilícito suponer que había en el Kremlin verdadero interés por conocer detalladamente el tenor de tales declaraciones, lo que ha sido posible merced al hondo sentido democrático que ha presidido —y sigue presidiendo— el desarrollo de toda esta controversia políticomilitar. El hombre del Kremlin, que lee con la máxima atención los informes de su agencia de noticias, no acierta a comprender cómo es posible que puedan haber llegado a sus manos sin recurrir a los servicios de su maravillosa red de información, y que ello se deba, exclusivamente, a la sola virtud de la fuerza, insobornable de una verdadera democracia.

Cuando este hombre lee con justificado asombro que el general Marshall declara que los EE. UU. no están preparados para una guerra con Rusia o que no se hizo tal o cual cosa por temor a enojar a los chinos comunistas y, de rechazo, a la URSS, piensa, o se supone que piensa, lo que ocurriría a cualquier militar de su país que osase decir algo semejante refiriéndose a Rusia. Y después de aprovechar todo lo aprovechable de los informes recibidos, se limita a esbozar un gesto desdeñoso y musita en tono despreciativo: ¡Bah! Esta democracia; estos demócratas...

Pero lo que parece debilidad, ligereza, imprevisión, no es sino el reflejo de la fe ciega en la fuerza imponderable de la democracia que puede tener más valor en el ánimo de un soldado en batalla que una ametralladora en manos de cualquier esclavo de una dictadura.

Napoleón, que sabía algo de cosas de guerra y de la psicología del soldado, no protestó ante el Directorio cuando éste le negó los refuerzos que pedía y hasta los zapatos para sus dencalzos soldados del ejército de Italia, pero pidió —y esto sí que le fué concedido— que le enviaran muchos, muchos ejemplares de "La Marsellesa"...

ESFUERZO INFORMATIVO

Antes de pasar a examinar el estado actual de la polémica, vamos a citar —a título de curiosidad— algunas cifras que revelan el enorme esfuerzo realizado por la prensa de los EE. UU. para informar detalladamente a sus lectores de la marcha del gran debate sobre política extranjera. Digamos, en primer lugar, que la única agencia informativa que dió tal servicio por telégrafo, transmitió por esta vía el texto integro de las declaraciones testimoniales con un total de 235,000 palabras en los primeros siete días.

Las cifras de circulación de la mayoría de los diarios aumentaron en forma extraordinaria durante los tres días que duraron las declaraciones del general MacArthur y decayeron un poco cuando el general Marshall pasó a ocupar la tribuna.

El "New York Times" dedicó 185 columnas en tres días a la deposición del general MacArthur.

Hasta el jueves por la mañana el "Times" había utilizado 260 de sus columnas para informar a sus lectores al pie de la letra, palabra por palabra, de las diversas declaraciones y hasta el día 11 los textos MacArthur-Marshall habían costado a referido diario más de 150 toneladas de papel.

El "Times Herald" de Washington utilizó 163 columnas y el "Chicago Tribune" en una sola edición, dedicó 41 columnas a la deposición de MacArthur.

Y a este tenor, otros y otros diarios de los diversos Estados de la Unión, en un esfuerzo maravilloso, sin precedentes, por servir concienzudamente a sus lectores sin reparar en gastos ni en excesos de trabajo. Algo verdaderamente prodigioso.

UNA POSICION

Vamos ahora, ligeramente,

cómo han quedado las cosas en Washington después de las declaraciones de MacArthur y Marshall. El primero, resentido por su cese, pero aureoleado por el entusiasmo popular —que evoca, en cierto modo, las jornadas más apasionadas y encendidas del boulangierismo francés, sin faltar siquiera la insinuación de su posible postulación para Presidente—, se mantiene en sus trece, defendiendo su teoría agresiva, aun a riesgo de encender la conflagración universal, en la que —por otra parte— no cree porque entiende que Rusia no entraría en acción para defender a la China comunista de un ataque directo. Insistiendo en sus ataques al gobierno se ha mostrado más duro que nunca al afirmar que la Administración no tiene planes, ni programas de ningún aciase, ni nada absolutamente. A su juicio, la única forma de terminar la guerra y acabar de una vez con las "matanzas" de soldados americanos, consiste en poner en práctica su "programa": atacar las bases chinas en Manchuria; bloquear naval y económicamente los puertos chinos y utilizar en la lucha las "espléndidas fuerzas nacionalistas de Chiang", actualmente neutralizadas en Formosa. Y tal programa, según el general, debería llevarse a cabo incluso prescindiendo de la opinión de los aliados de los EE. UU. y aunque ello significase que éstos deberían actuar solos. En resumen, el general destituido sigue aferrado a su teoría agresiva en Asia, dando por supuesta la no intervención de Rusia en el conflicto.

OTRA POSICION

Por su parte, el general Marshall, en nombre del gobierno, se ha mostrado tan cauteloso en sus declaraciones como impetuoso lo fué MacArthur en las suyas; pero no por ello ha rebatido con menos firmeza algunas, y por cierto de las más importantes, de las declaraciones del depuesto general. En primer lugar ha citado, con textos a la vista, seis ocasiones en las que el general MacArthur, la administración entiende que hay que limitar la guerra a Corea, tratando de evitar su expresión, resistiendo la agresión comunista hasta

que los agresores se cansen o se rindan, y que la lucha anti-comunista constituye un problema global que únicamente puede ser abordado conjuntamente por los EE. UU. y sus aliados.

Claramente expresó el general Marshall su temor a llevar a cabo cualquier acto agresivo que pudiese irritar a Rusia y hacerle tomar parte activa en la guerra de Corea, provocando así, muy probablemente, una conflagración universal, para la cual ni los EE. UU. ni sus aliados están todavía preparados. Concretamente, el general considera que los bombardeos de Manchuria, propuestos por MacArthur, entrañan ese riesgo.

Se mostró plenamente de acuerdo en lo referente a la no cesión de Formosa a ningún precio ni a cambio de nada y, finalmente, aludió al peligro de perder la amistad y el apoyo de sus aliados en caso de adoptar medidas unilaterales de tipo militar susceptibles de provocar la guerra, lo que colocaría a los EE. UU. en una peligrosa situación de aislamiento, tanto en Asia como en Europa, frente a las fuerzas enormes de Rusia y sus satélites. A través de todas estas declaraciones destacan, en primer término, el temor a la intervención directa rusa y el deseo de confinar la guerra a Corea, prescindiendo de los temerarios proyectos de MacArthur.

GOLPE FINAL

Precisamente tales proyectos acaban de tropezar con la oposición vehemente y descarnada del general Bradley, quien, en declaración jurada ante el Congreso, ha hecho pública su firme convicción de que la puesta en práctica del programa MacArthur "causaría gran regocijo en el Kremlin" y que los miembros del Estado Mayor conjunto estiman que su ejecución comprometería a los EE. UU. en una larga guerra "en un lugar inadecuado, en un momento inoportuno y con alguien que no es el verdadero enemigo". Severas palabras y rudo golpe a declaraciones anteriores de MacArthur, cuya reacción hay que esperar que sea interesante.

Así están las cosas en la polémica Truman-McArthur.